

LA ALEXIADA DE ANA COMNENA

Emilio DIAZ ROLANDO
Sevilla

La personalidad de Ana Comnena no deja de traslucirse con frecuencia a lo largo de su obra. Sus acotaciones y comentarios personales nos ofrecen una descripción propia, de su forma de ver la realidad e, indirectamente, descubre aquellos puntos que desearía ocultar.

Ana Comnena nace a principios de diciembre del año 1083. Dos años antes, su padre Alejo había ascendido al trono tras derrocar a un Nicéforo Botaniates viejo y angustiado. Ana fue su hija primogénita, nació ya bajo la sombra del trono imperial y lo deja bien claro al afirmar que vio la luz en la púrpura, en el palacio, dentro de una familia elevada a la más alta categoría. No es en vano que muestre tanto empeño en recordarnos su origen ¹: el derecho a sentarse en el trono y a aferrar el cetro era para ella consubstancial con su propia existencia.

El programa político de Alejo requería en su comienzo una alianza entre dos grandes familias. Una, la de los Comnenos; otra, la de los Ducas, que ya diera emperadores y uno de cuyos vástagos era esposa de Alejo y madre de Ana: Irene Ducas. Para ello, Alejo comprometió enseguida a su pequeña hija con Constantino Ducas, hijo de Miguel VII Ducas y María de Alania, y lo asoció al imperio ².

Ana fue educada para el mando. Dirigida en su formación por su primera suegra, María de Alania, al menos en los primeros años, vivió un ambiente familiar, donde la ortodoxia y el espíritu religioso primaban de manera especial. Conoció también a los clásicos junto con los fundamentos y desarrollos posteriores del cristianismo (Homero, Heródoto, Tucídides, Aristófanes, los trágicos, filósofos como Platón y Aristóteles, derecho canónico, sagradas escrituras y teología), igualmente, dedicó su tiempo a la medicina, la geografía y, en suma, como ella misma dice, al *triumum* y al *quadriuum* ³.

¹ Cf. Proemio, I,2; IV, 1.

² María de Alania casó en primeras nupcias con Miguel VII Ducas, de cuyo matrimonio nació Constantino, primer prometido de Ana Comnena. Tras ser derrocado aquél por Nicéforo Botaniates, éste la tomó a su vez por esposa. María de Alania, como dice *La Alexiada*, era partidaria de los Comnenos y Ana nos presenta de ella una imagen tratada con cariño.

³ Cf. Proemio, I, 2.

Pero el nacimiento de su hermano Juan y la muerte de Constantino iniciaron enseguida un largo camino de frustraciones, de cuyas secuelas deja muestra también en este proemio ⁴ y fundamentadas en la eliminación de su candidatura al trono. De ahí, la mal disimulada inquina hacia su hermano Juan y hacia su hijo Manuel, de cuyo reinado fue durante un corto período de tiempo contemporánea nuestra autora. En torno al 1097 es casada con Nicéforo Brienio, también de rancio linaje. Con él y con su madre, Irene Ducas, comienza una prolongada conspiración para asumir el poder mediante el sistema de persuadir a Alejo para que desista en su proyecto de erigir a Juan como heredero.

La imaginación se figura toda una vida de intrigas. Parece ser que el propio Nicéforo no era muy adicto a esos propósitos ⁵. El punto culminante se produjo cuando en el lecho de muerte tanto Irene como Ana acosaron al agonizante Alejo para que en última instancia se apartase de sus proyectos sucesorios, sin que tal empeño fuera culminado con el éxito.

Más tarde, morirá Nicéforo Brienio (1137). Antes, tanto Ana como él se conjuraron para asesinar a Juan Comneno. Desbaratada la conspiración, ambos son condenados y confiscados sus bienes; pero fueron amnistiados. Ana e Irene terminaron sus días en el monasterio de *Κεχαριτωμένη*, fundado anteriormente por ésta última.

Desde la muerte de Alejo, empleó Ana su tiempo en un mecenazgo y promoción de sabios y filósofos versados en temas, generalmente, de la antigüedad clásica. Y tras la muerte de su esposo emprendió la redacción de su historia, concebida como una continuación de la que él no pudo terminar. Murió en 1153 ⁶, a los setenta años de edad y abrazando el monacato en su mismo lecho de muerte.

Ana se configura como una personalidad compleja. Responde a un modelo muy característico de su época y del ámbito cultural en el que se inserta. Siempre, creemos, resultará contradictorio el cariño demostrado hacia su padre y la insistencia en el momento de la agonía para que la nombrara sucesora junto con su esposo; su amor por la familia y su odio hacia su hermano Juan; sus intentos de imparcialidad, pero la incontenible presencia del juego simpatía / antipatía en su

⁴ Cf. Proemio, IV.

⁵ Cf. KRUMBACHER, K., *Ἱστορία τῆς βυζαντινῆς λογοτεχνίας*. Amarusion 1975, p. 280.

⁶ Sobre la fecha de su muerte contamos con dos datos. En el año 1148 concluye la elaboración de *La Alexiada*; resultaría un momento a partir del cual se fijaría su fallecimiento. Sin embargo, con su nombre y fechados en 1153, dos sellos parecen afirmar la idea de que ocurriría en torno a esa última fecha. Ver LEIB, B. "Introduction générale" en su ed. de *La Alexiada*, París 1967, p. IX; TSOLAKIS, E. Th. *Βυζαντινοὶ ἱστορικοὶ καὶ χρονογράφοι 11ου καὶ 12ου αἰῶνα*, Salónica 1984, p. 47; HUNGER, H. *Die hochsprachliche profane Literatur der Byzantiner*, Munich 1978, I, p. 403.

obra ⁷.

La Alexiada se distribuye en quince libros, a lo largo de los cuales discurre la vida y hazañas de Alejo I Comneno. Su propio título ya nos avanza una de las características que va a resultar más notable en la obra: el tono épico. En efecto, Ana Comnena adapta a lo que le interesa el molde épico ya desde el primer instante (véase la semejanza formal *Iliada* / *Alexiada*) y tampoco en vano elige el modelo de la denominación de aquel canto, donde las batallas, los combates, la guerra son protagonizados por héroes. Este tipo de acontecimientos, en su caso ceñidos al padre, son los que importan a Ana Comnena. Las campañas militares

de Alejo I llegaron a ser legendarias ya en su época. Se le achacará que no preste demasiada atención a otros aspectos del reinado de Alejo I; sin embargo, para ella, sin carecer de interés los datos económicos, administrativos y políticos ⁸, no destacaban tanto la figura de su padre como el campo de batalla. *La Alexiada* recoge, en tono de epopeya, la ideología que dominaba los actos de esa aristocracia feudal bizantina que ahora con los Comnenos toma el poder ⁹. No sin razón Hunger la califica como "das grosse byzantinische Prosa-Epos über Kaiser Alexios I" ¹⁰, es decir: "la gran epopeya en prosa bizantina sobre el emperador Alejo I". El emperador aparece enfrentado a la labor titánica de restaurar la grandeza del imperio. Nuestra autora es maestra en oponer una y otra vez a su padre situaciones que sólo criaturas épicas podrían resolver airoosamente y en todas ellas sale adelante, como un héroe homérico. En la derrota Alejo logra la salvación mediante actuaciones sobrehumanas; en la victoria son su valor, astucia y empuje los que llevan al triunfo.

Homero se convierte, lógicamente, junto con Aristóteles y los trágicos en el autor más citado. La historiadora se había planteado continuar la obra que "su César", Nicéforo Brienio, había dejado inconclusa. Comienza el relato de *La Alexiada* en el año 1069 y concluye en el 1118, a la muerte del soberano; mientras la obra de Brienio llega hasta el 1079. Como ella misma dice, aun pretendiendo ser la continuadora de su marido, empieza "desde donde más claro y más histórico es el relato" ¹¹ solapando un período de diez años sobre el trabajo de su esposo.

⁷ Cf. DIEHL, Ch, *Grandeza y servidumbre de Bizancio*, Madrid 1963, p. 123: "y con frecuencia también se manifestó en el mismo ser una mezcla contradictoria y pintoresca de cualidades seductoras, de originalidad fuerte y destacada y de bajaza desmedida, uniéndose el espíritu más admirable al carácter más despreciable".

⁸ Cf. TSOLAKIS, ob. cit., p. 55.

⁹ Cf. OSTROGORSKY, F. *Historia del Estado bizantino*, Madrid 1984, pp. 343 y 365-366; MAIER, F.G. (ed.), *Bizancio*, Madrid 1974, p. 232; LEMERLE, P. *Histoire de Byzance*, París 1975, p. 99; HUNGER, ob. cit., p. 408. Para la comprensión ideológica de este período resulta muy clarificador: AHRWEILER, H., *L'idéologie politique de l'Empire byzantin*, París 1975, pp. 60-74.

¹⁰ HUNGER, ob. cit., p. 404.

¹¹ Cf. Proemio, IV, 3.

Un diverso caudal le sirve de fuente de información. Se vio influida y tomó datos de autores como Miguel Pselo, Ataliates, Teofilacto Simocata, Juan Epifaneo. Pero destacan los medios privilegiados de información que tuvo a su alcance. Pudo consultar los archivos imperiales sin problemas, contó con los testimonios personales de su propio padre, de miembros de su familia, de cortesanos, jefes militares, soldados veteranos, que acompañaron a su padre, e, incluso, pone sobre el tapete los propios recuerdos de los acontecimientos vividos. Nos detalla, del mismo modo, cómo pretendía llegar a la verdad existente debajo de la frecuente maraña de datos que hallaba. Mediante comparación¹² entre los datos escritos, los relatos verbales de los más ancianos y de su padre y parientes procuraba vislumbrarla.

Esta verdad y su deseo de imparcialidad es algo que, ya desde el comienzo, Ana se esfuerza en dejar muy claro. Y, con frecuencia, repite su declaración de intenciones. Pero no puede evitar que sea sólo una intención. La tendencia panegírica, en la que se empeña, hace muy difícil armonizar un deseo de objetividad con la subjetividad que debe llevar aparejada el ensalzamiento sistemático. Además, Ana Comneno no sólo ensalza a su padre, con la falta de sentido histórico que supone¹³, sino el mundo al que ella pertenece. Se erige en ponderadora de todo lo bizantino: la ortodoxia frente al cristianismo occidental y al papa de Roma, personaje siniestro; los *romanos* frente a los *latinos* (estos últimos son bárbaros descritos con los más viles adornos y, si se los alaba, es porque su derrota a manos del emperador podrá elevar el mérito de éste); venera hasta lo más sagrado a su familia, pero no puede ver con buenos ojos a su hermano Juan, por lo que minimiza su presencia y actuaciones.

Igualmente, no llega nuestra princesa a captar la íntima relación causa / efecto¹⁴ en los acontecimientos históricos, su funcionamiento interno, ni a discernir lo profundo de lo que es superficial. La esencial contradicción que emana de su obra, se ve también reflejada en la presencia de denominaciones arcaicas y modernas, sobre todo, en el caso de pueblos bárbaros, con lo que provoca confusión a la hora de conocer la situación real de aquellas gentes¹⁵. Asimismo, son corrientes las ocasiones en que equivoca fechas, personajes e involucra a algunos en hechos que no vivieron.

Pero ante tanta crítica, podemos sacar adelante valores positivos. Si bien como historiadora su obra presenta, desde el punto de vista moderno, determinados

¹² Cf. *Al.* XIV, VII, 7.

¹³ Cf. KRUMBACHER, ob. cit., p. 282, que asombra por su comentario final: "verdaderamente, una percepción histórica de los acontecimientos no podemos esperar de nadie en el siglo XII y, mucho menos, de una mujer historiadora".

¹⁴ Cf. TSOLAKIS, ob. cit., p. 53.

¹⁵ Borilo y Germano, dos personajes que intriguaron contra los Comnenos antes de llegar al trono, son llamados *escitas*, pero, en realidad, originarios de *Eslavonia* (v. Libro II de *Al.*) o Roberto Guiscardo, que es denominado como *Normanos*, pero otras veces son *Frangoi* o *Latinoi*.

fallos y adolece de una confusión de géneros, cuya armonización no resulta del todo satisfactoria, nos ofrece, sin embargo, con su monumental trabajo una información fundamental de la época que vivió y de la que le precedió inmediatamente. Todo ello, de primera mano y de forma coherente. Sus promesas de imparcialidad (el deseo de seguir aquel *sine ira et studio* de Tácito), aunque no culminadas siempre en un producto real, la lleva, al menos, a trabajar documentalmente en un esfuerzo serio de alabar lo más *históricamente* posible a su protagonista.

Con su amplia formación y sus conocimientos diversos nos abre un abanico de datos sobre la sabiduría de su tiempo y, al hacer partícipe de su relato al entorno geográfico, nos suministra información sobre éste. En lo relativo a la misma Constantinopla, su aportación al conocimiento de su topografía es inestimable. Nos pone en antecedentes acerca de la Primera Cruzada y sus posteriores efectos, una vez establecido el contacto con el universo griego oriental; nos enriquece sobre las relaciones diplomáticas con los pueblos que eran vecinos del imperio. Con su capacidad dramática es capaz de situar en escena momentos vívidos; nos pone al día de la existencia en la capital, en la corte y en las zonas rurales ¹⁶.

Con todo ello, *La Alexiada* se erige por sí sola, aparte de sus deficiencias, en una obra histórica aceptable y esencial para el conocimiento de la época que trata nuestra autora.

La lengua en la que desea escribir su obra es un ático puro. Su defensa del purismo es extrema. Pero contaba con muchos elementos en contra. Debía emplearse a fondo en el estudio del griego antiguo, dado que la lengua que ella hablaba presentaba ya divergencias con respecto a aquél. De esa forma, recalca bien Krumbacher que lo estudió como una lengua extraña ¹⁷.

Con el propósito de redactar *La Alexiada* dentro de las normas de un idioma ya fenecido como expresión hablada, se incluía dentro de un movimiento literario que, preparado ya por Pselo, se prolonga hasta la misma época de los Paleólogos. A veces, en su empresa de mantener en alto al estandarte del purismo llega a afirmar que la colocación de nombres bárbaros o extranjeros ensucia el texto; su solución consistirá (como vimos antes) en darles su equivalente en griego clásico, aunque peque de feroz anacronismo. Pero, dado que ello no siempre era factible, se disculpa ante la necesidad de hacerlos constar inevitablemente ¹⁸.

¹⁶ Cf. HUNGER, ob. cit., p. 407.

¹⁷ Cf. KRUMBACHER, ob. cit., p. 284.

¹⁸ Cf. *Al.* VI, XIV, 1: "... τοῦ τε Τατοῦ τοῦ καὶ Χαλῆ ὀνομαζομένου, καὶ τοῦ Σεσθλάβου καὶ τοῦ Σατζῶ -χρῆ γὰρ καὶ τῆς ἐπωνυμίας μεμνήσθαι τῶν κατ' αὐτοὺς ἀρίστων ἀνδρῶν, εἰ καὶ τὸ σῶμα τῆς ἱστορίας τούτοις καταμαίνεται-". (Tato y el llamado Jalís, Seszlavo y Satsás —pues es preciso también recordar el nombre de los, entre ellos, mejores varones, aunque el cuerpo de la historia se manche con éstos—).

B. Leib¹⁹ en su introducción general a *La Alexiada* da una lista de inconsecuencias con respecto a la lengua de Tucídides y Polibio, que tomara como modos verbales, el régimen verbal no siempre es el correcto, la presencia de verbos concertando en plural con sujeto neutro plural es frecuente, hay confusión en el empleo de las preposiciones *ἐς* / *ἐν*, usa términos antiguos con significados nuevos, existen múltiples anacolutos, desapariciones misteriosas de sujetos y su cambio repentino por otro a mitad de párrafo, ausencias de verbo principal, etc. A ello se añade su irreductible afición a la retórica y a la demostración de su propio saber, que la llevan a desarrollar parrafadas extensas, excursos y profusión de sinónimos.

En el léxico se ve obligada, inevitablemente, como ocurre en el caso de la utilización de nombres extranjeros, a manejar términos de su entorno político, militar y administrativo y a tomar préstamos del latín, tanto clásico como medieval, y de otras lenguas.

Finalmente, destaca como curiosidad la presencia en el libro II, IV, 9 de una cancioncilla que el pueblo cantaba en la calle y que Ana recoge literalmente en griego vulgar para a continuación (nobleza obliga) traducirla mediante paráfrasis al griego purista que empleaba.

La obra de Ana Comnena se ofrece al lector como un mundo cuajado de impresiones apasionantes. Vivo reflejo de un ámbito lejano a nosotros y, por ello, atractivo. Con el avance en su lectura se llega a una relación casi de amistad con esa mujer que, en el retiro de un convento, frustrada, pero digna como una princesa de sangre imperial, compuso un monumento de amor hacia su padre y hacia su cultura en un esfuerzo incansable²⁰.

Apuntes sobre la traducción de *LA ALEXIADA*

La traducción que publica *Erytheia* corresponde al Proemio de *La Alexiada* de Ana Comnena. Para la realización de su versión íntegra al castellano fue presentado un proyecto por nosotros al Ministerio de Cultura, según las normas de una convocatoria oficial de ayudas a la creación literaria. Se le consideró positivamente en diciembre de 1986. Dicha ayuda consiste en una cantidad en metálico y el compromiso de la Administración a subvencionar su publicación.

El gran escollo con el que tropieza un traductor al enfrentarse a *La Alexiada* es su propia lengua. Si, como es nuestro caso, el griego que se ha estudiado es el clásico, la lengua de Ana Comnena podría calificarse, cuando menos, de chocante.

¹⁹ LEIB, ob. cit., p. CLXII-CLXIII.

²⁰ El texto utilizado para la traducción, así como el correspondiente a las distintas citas de *La Alexiada*, pertenece a la edición de B. Leib para Les Belles Lettres, 1967. Por otro lado, hago constar aquí mi cariñoso agradecimiento al Dr. Mosjos Morfakidis, de la Universidad de Granada, por su apoyo y su colaboración al facilitarme la bibliografía para este trabajo.

Ya en la introducción que preparamos para el Proemio constan las incorrecciones gramaticales más frecuentes que es preciso superar con paciencia. Sin embargo, como sucede en todo, acabamos por acostumbrarnos a esos vericuetos y la aparición de lo inesperado ya no resulta extraña. Elemento muy interesante de investigación creemos que puede ser el uso que hace la autora del tema de perfecto, ya que es más abundante que en sus modelos y no siempre con criterios coherentes.

De todos modos, contamos, afortunadamente, con el libro de R. Browning (*Medieval and Modern Greek*, Cambridge 1983) que nos facilita la comprensión de muchas irregularidades.

Quizá uno de los apartados más complejos sea (como muy bien nos indicó el profesor P. Bádenas) la transcripción de los nombres propios bizantinos y la translación al castellano de la terminología estrictamente adscrita a la civilización bizantina. En este sentido, ofrecemos nuestra total colaboración para elaborar un léxico de equivalencias de este segundo aspecto. Hasta el momento venimos obviando este problema con su transcripción al castellano (χρυσόβουλλος λόγος: "crisobulo"). Esta transcripción es según las normas tradicionales. Así, encontraremos, por ejemplo: sebastocrátor, protosebato, sebato, protovestiario, panipersebato, etc. En otros casos, los traducimos según términos equivalentes en castellano, sobre todo en títulos áulicos transferidos del latín al griego: περιφανής, ἐπιφανής: "ilustre", περιφανέστατος: "ilustrísimo", νωβελλίσσιμος: "nobilísimo". Πατριάρχης: "patriarca"; pero ἀρχιερεύς y ἱεράρχης: "pontífice", como muy bien traduce B. Leib en su versión francesa (París 1967). Con αὐτοκράτωρ, dudamos si traducirlo por "soberano" o transcribirlo por "autocrátor". Βασιλεύς: es siempre "emperador". Sobre terminología del derecho, la milicia, etc., sería preciso ver casi término por término (πετροβόλα μηχανήματα: "catapultas"), por ello lo dejamos como otra sección a tratar en el próximo coloquio que se organizará a este fin.

Con respecto a los nombres propios, podemos distinguir varios orígenes en su procedencia:

-Bíblicos: Puesto que todos tienen una versión tradicional en castellano, la aplicamos: Ἰωάννης: "Juan", Μιχαήλ: "Miguel", Ἰσαάκ: "Isaak" (o *Isaákios*).

-Latinos: Obramos igual que en el caso anterior.

-Griegos y bizantinos propiamente dichos: Seguimos siempre las normas tradicionales de transcripción, aún siendo conscientes de que en el segundo supuesto no responde a la realidad fonética: Νικηφόρος Βοτανειάτης: "Nicéforo Botaniates", Μονομαχάτος: "Monomacato", Παλαιολόγος: "Paleólogo", Βρυέννιος: "Brienio", Ψελλός: "Pselo"; Μελισσηνός: "Meliseno"; Αὐλών: "Aulón", Δυρράχιον: "Dirraquío". Hay ocasiones en que la forma española cuenta ya con una tradición ajena a la forma original griega, así: Γεώργιος: "Jorge", y Ἀλέξιος: "Alejo".

-Lenguas occidentales: procuramos buscar su forma original: Πενάλδος

(francés *Renauld*): "Reinaldo", Βαῖμοῦντος (del fr. *Bohémond*): "Bohemundo"; Ῥομπέρτος: "Roberto", etc.

-Lenguas eslavas, turco o árabe: procuraremos una transcripción fonética aproximada: Γλαβινίτσα: "Glavinitsa", Τσίβισκος: "Tsvisco", Ἐσεβά: "Esevá", Μιχαηλᾶς: "Mijailás".

Finalmente, dado que este asunto requiere mucha más dedicación que estas notas y una normalización precisa, lo dejamos pendiente de la celebración del coloquio mencionado y que esperamos pueda tener pronto lugar.

Traducción

PROEMIO

I

1. El tiempo, fluyendo inconteniblemente y moviéndose siempre, arrastra y lleva todo lo engendrado y lo sumerge en el abismo de la oscuridad, donde no existen hechos dignos de mención, ni donde los hay grandes y dignos de memoria, haciendo nacer lo oculto (según la tragedia)¹ y escondiendo lo evidente. Sin embargo, la narración de la historia se convierte en una muy poderosa defensa contra la corriente del tiempo y detiene, de algún modo, el flujo incontenible de éste; y todo lo acontecido dentro de él, que ha recogido superficialmente, lo contiene, lo encierra y no permite que se deslice a los abismos del olvido.

2. Puesto que tengo conciencia de esto, yo, Ana, hija de los emperadores Alejo e Irene², vástago y producto de la púrpura, que no sólo no soy inculta en letras, sino incluso he estudiado la cultura helénica intensamente, que no me despreocupo de la retórica, que he releído bien las artes aristotélicas y los diálogos de Platón y he madurado en el *quadrivium* de las ciencias (pues es preciso revelar estos conocimientos —y no es jactancia el hecho— cuantos la naturaleza y el estudio en torno a las ciencias me han dado, Dios desde lo alto me recompensó y las circunstancias me han aportado) quiero por mediación de este escrito referir las acciones de mi padre, indignas de ser entregadas al silencio ni de que sean arrastradas por la corriente del tiempo, como a un piélagos de olvido, cuantas tras poseer el cetro llevó a cabo y cuantas antes de la diadema realizó al servicio de otros emperadores.

II

1. Al contarlas, vengo no con el interés de crear un ejemplo de mi experiencia con las palabras, sino para que tamaña gesta no sea legada sin testigos a los que nos seguirán; dado que incluso las más grandes obras, si de alguna manera no se conservan a través de los relatos y se entregan a la memoria, se

apagan en la sombra del silencio. Era, pues, mi padre, como los hechos mismos mostraron, experto en mandar y en obedecer, cuanto es preciso, a los que mandan.

2. Pero también al optar por la descripción de sus obras, temo quedarme anclada e interrumpirla, no sea que, de algún modo, se pueda pensar que, al describir los hechos de mi padre, alabo los míos propios, y que parezca mentira toda la labor de mi historia o un abierto encomio, si admiro alguna de sus hazañas. Mas, si en algún momento su misma personalidad me llevara a ello o el curso de la obra me obligara a tocar alguna gesta, temo de nuevo, no por él, sino por la naturaleza de sus actos, que los amigos de las burlas me recuerden al hijo de Noé, Cam³, lanzando todos ellos miradas de envidia a los demás, sin fijarse en lo que está bien a causa de su maldad y sus celos, y "acusen al inocente", según dice Homero⁴.

3. Pues cuando se asume el carácter del género histórico, es preciso olvidar los favoritismos y los odios y adornar muchas veces a los enemigos de los mayores elogios, cuando sus acciones lo exijan, y otras muchas veces descalificar a los más cercanos parientes, cuando los errores de sus empresas lo indiquen. Por lo que no se debe vacilar ni en atacar a los amigos ni en elogiar a los enemigos⁵.

En lo tocante a mí, a éstos y a aquéllos, los que repelemos y los que nos aceptan, podría tranquilizarlos fundamentada en las obras mismas y en los que las han visto, al testificar en favor de ellos y de esas acciones. Pues los padres y los abuelos de los hombres que viven ahora fueron testigos de esos hechos.

III

1. Ante todo, he venido a historiar las acciones de mi padre por la siguiente razón. Convirtiéndose en mi legítimo esposo el César Nicéforo⁶, descendiente de la rama de los Brienios, hombre que largamente sobrepasaba a sus coetáneos por la exageración de su belleza, la agudeza de su inteligencia y por la exactitud de sus palabras. Pues era maravilla verle enfrente y oírle. Y para que nuestro relato no se aparte de su ruta, continuemos.

2. Era, así pues, el más esclarecido entre todos y acompañó a mi hermano, el *autocrátor* Juan⁷, cuando organizó una campaña contra diversos bárbaros, cuando se había lanzado contra sirios y, en otro momento, cuando tenía bajo su jurisdicción Antioquía. Pero el César, que no sabía ser negligente con las letras, incluso entre dificultades y trabajos, redactaba también otros escritos dignos de mención y recuerdo, y se encargó ante todo, por orden de la emperatriz, de describir los hechos de Alejo, *autocrátor* de los romanos y padre mío, y poner en los libros las acciones de su reinado, cuando el tiempo le ofrecía, mientras se apartaba breves instantes de las armas y de la guerra, dedicarse a los escritos y a sus lógicos trabajos. Comenzó, por tanto, su escrito elevando el relato a tiempos anteriores, según la orden de la entonces soberana⁸ nuestra, comenzando por Diógenes⁹, el *autocrátor* de los romanos y descendiendo hasta aquel mismo, sobre cuya vida elaboró el plan de la obra. Pues era entonces cuando el tiempo

anunciaba a mi padre una floreciente adolescencia. En cuanto a su vida previa, ni siquiera era un adolescente y nada había realizado digno de escribirse, a no ser que se presentara su infancia como tema de elogio.

3. Así pues, tales eran los objetivos del César, como nos muestra su escrito. Sin embargo, no realizó lo que esperaba ni concluyó toda su historia, sino que detuvo su redacción tras llegar hasta los tiempos del *autocrátor* Nicéforo Botaniates ¹⁰: el tiempo no le permitió avanzar en su escrito, causando un perjuicio al tema de su trabajo y privando del placer a los lectores. Por eso, yo misma opté por escribir a nuestros descendientes. Además, qué armonía, cuánta gracia tenían las palabras del César las conocen todos los que se han encontrado con los escritos suyos.

4. Pero cuando llegó al punto que dije, cuando acababa de pergeñar sus escritos y nos los remitía inacabados desde la frontera, contrajo al tiempo, ¡ay de mí!, una enfermedad mortal tal vez causada por las demasiado frecuentes campañas, tal vez por una inconfesada solicitud hacia nosotros (pues la solicitud le era innata y los trabajos, insustituibles); además, el continuo cambio de aires y los males le conjuntaron un trago mortal. A partir de ese momento, aunque se encontraba terriblemente enfermo, realizaba campañas contra sirios y cilicios: Siria entregó a este hombre debilitado a los cilicios, los cilicios a los panfilios, los panfilios a los lidios, Lidia a Bitinia y Bitinia a la Reina de las Ciudades ¹¹ y a nosotros con sus entrañas hinchadas por la gran dolencia. Pero, aunque se hallaba así de débil, deseaba cantar lo que le sucedió y no podía, por un lado, dada su enfermedad y por nuestro lado, se le impedía, para que la herida no se abriera al describirlas.

IV

1. Al llegar a este punto, se llena de vértigo mi alma y se humedecen mis ojos con torrentes de lágrimas. ¡Cómo pareció el consejero de los romanos ¹²! ¡Qué acertadísima experiencia en torno a la vida y de qué amplitud tuvo él (la ciencia de la palabras, la sabiduría más diversa, es decir, la profana y la sagrada)! ¡Qué gracia también le corría por los miembros y qué aspecto no digno de un reino de aquí, sino, como algunos dicen, de uno más divino y mejor! Yo misma, no obstante, ya me había relacionado con otras muchas circunstancias funestas desde la cuna de púrpura, por usar esta expresión, y traté con una fortuna no favorable, aunque nadie consideraría suerte no favorable la que me hace don de una madre y un padre emperadores y de la púrpura en que nací. Pues en cuanto a los demás dones, ¡ay de las calamidades y ay de las revueltas! En fin, Orfeo cantando movía incluso las piedras y los bosques y, simplemente, la naturaleza inanimada; Timoteo el flautista, tocando una vez para Alejandro el "ortio", impulsaba enseguida al macedonio a las armas y a la espada; mas, ojalá mis relatos no originasen un tónico movimiento hacia las armas y las batallas, sino que movieran al lector a las lágrimas y obligara al surgimiento, no sólo a la naturaleza sensible, sino también a la que carece de hálito vital.

2. Por tanto, el sufrimiento del César y su inesperada muerte me alcanzaron en mi propia alma y causaron una herida en mi interior. Estimo las precedentes desgracias frente a esta insaciable desgracia como gotas en comparación con todo el océano Atlántico o las olas del mar Adriático. Es más, según parece, eran aquéllas prelude de éstas y se apoderaba de mí el humo de ese fuego digno de un horno, la quemadura aquella de llama indescriptible y las antorchas diarias de un indecible ardor. ¡Oh fuego sin materia, que reduces a cenizas, fuego que iluminas con furor inexpresable y que ardes, pero sin consumir y quemas el corazón, pero que ofreces el aspecto de que no somos quemados, aunque recibimos el rojo vivo hasta los huesos, la médula y los pedazos del alma!

3. Pero soy consciente de que me aparto de mi propósito, y, al apoderarse de mí el César y el sufrimiento del César un inmenso sufrimiento se destila en mí. Así pues, tras enjugarme el llanto de mis ojos y recuperarme de mi dolor, soportaré lo que viene a continuación ganando, según dice la tragedia¹³, dobles lágrimas, como si me acordara de la desgracia en la desgracia. Pues poner en público el asunto de un emperador tal, es el recuerdo de su virtud y de sus hazañas, que me producen las más cálidas lágrimas al llorar junto con todo el orbe. Pues el recordarle y el conducir al público su reinado es un asunto para mí propicio a las lamentaciones y para los otros, a la pena. Por tanto, ha de comenzar desde aquí la historia de mi padre, donde es mejor comenzar: y es mejor desde donde más claro y más histórico es el relato.

NOTAS A LA TRADUCCION

¹ Sóf., *Ajax*, 646.

² Padres de Ana Comnena: Alejo Comneno e Irene Ducas.

³ *Génesis*, 9, 18-27.

⁴ Hom. *Il.* XI, 653 y XIII, 775; *Od.*, XX, 135.

⁵ Cf. Polibio (I, 14).

⁶ Nicéforo Brienio, esposo de Ana Comnena, con quien contrajo matrimonio en 1097. El título de César sólo era inferior al de *basileus*.

⁷ Juan Comneno, sucesor de Alejo, hijo suyo y hermano de Ana, a quien recluyó en un convento por haber conjurado para derrocarlo. *Autocrátor* es otro título del emperador.

⁸ Irene Ducas.

⁹ Romano IV Diógenes, emperador entre 1068 y 1071. En su reinado tuvo lugar la batalla de Mantzikert, que marca el comienzo de la retirada bizantina ante los turcos.

¹⁰ A quien derroca Alejo en 1081.

¹¹ Constantinopla. También se le denomina la Gran Ciudad, la Ciudad Imperial o simplemente "la Ciudad".

¹² A partir de aquí se desarrollan unas lamentaciones que inspiraron a Cavafis una delicioso poema: "Ana Comnena".

¹³ Eur. *Hécuba*, 518.